

EL PRÓLOGO Y SU FUNCIÓN EN DOS NOVELAS HISTÓRICAS MEXICANAS DEL SIGLO XIX

Leticia ALGABA MARTÍNEZ

Universidad Autónoma Metropolitana. México

BIBLID [0213-2370 (2005) 21-2; 189-203]

Eligio Ancona publica en 1864 sus dos primeras novelas históricas: "La cruz y la espada" y "El filibustero". En el prólogo a la primera, la interpretación de la conquista de Yucatán se afilia a las crónicas de Indias y a la escasa historiografía de entonces. Ante la dolorosa asunción de la conquista española, este prólogo reconstruye el pasado remoto con tintes semejantes al origen del mundo con recursos líricos, imágenes del origen de cultura indígena, a la manera de la epopeya, con el fin de crear una estirpe prestigiosa que se mezcló con la española. En "El filibustero", su segunda novela, Ancona avanza hacia los siglos coloniales; el prólogo precisa el horizonte de retrospección propio de la novela histórica en México y, por extensión, en América.

Eligio Ancona published in 1864 his two first historical novels: "La cruz y la espada" ("The Cross and the Sword") and "El filibustero" ("The Filibuster"). In the prologue to the first novel, the interpretation of the conquest of Yucatán is related to the chronicles of Indias and to the scarce historiography of the time. With regard to the painful assumption of the Spanish Conquest, this prologue reconstructs the farthest past with an appearance similar to the origins of the world by means of lyric resources, images of the origin of the native culture, in the manner of an epopee, all with the purpose of creating a prestigious lineage who mingled with the Spanish one. In "The Filibuster", his second novel, Ancona goes forward into the Colonial centuries; the prologue defines the horizon of retrospection that is characteristic of the novel in Mexico and, accordingly, in the American continent.

EL CULTIVO DE LA NOVELA HISTÓRICA SE EXTIENDE vigorosamente a lo largo del siglo XIX mexicano. Por los años treinta en la Academia de Letrán, que reunía a jóvenes escritores, el género fue abordado en la novela corta; destacan *Netzula* de José María Lacunza y *El Inquisidor de México* de José Joaquín Pesado.¹ *Netzula* es una metáfora de la inminencia de la derrota indígena pues la intriga discurre entre imágenes de un pasado glorioso que espera su fin ante la cruenta realidad de la guerra contra el conquistador. Y *El Inquisidor de México* es una de las primeras novelas que toca los siglos coloniales tomando el funcionamiento del tribunal del Santo Oficio. Estas primeras novelas inauguraron dos caminos de acceso al pasado: el momento de la conquista y los tres siglos coloniales, particularmente atractivos entre 1860 y 1870; después fueron materia novelesca los años de la Independencia. Muy próxima a los avatares políticos, la novela histórica de aquella década impri-

me con beligerancia tintes doctrinarios y se suma vigorosamente a la búsqueda de la expresión literaria nacional que se venía dando desde la Academia de Letrán. Tras la restauración de la república en 1867 la novela histórica se avino más notablemente a finalidades didácticas y doctrinarias sobre el pasado colonial, en el que los escritores hurgaban para comprender y aceptar la herencia, saldar cuentas ideológicas del pasado inmediato y construir el futuro luego de una prolongada serie de luchas internas y de intervenciones extranjeras.

En la trayectoria de la novela histórica mexicana del siglo XIX es apreciable la publicación por entregas o en el folletín de periódicos, y generalmente pasaba a un segundo momento la edición en volúmenes. Los dos momentos que implican lectores diferentes fueron atendidos con pertinencia por los novelistas; del segundo momento, por ejemplo, tenemos bellas ediciones muy a menudo acompañadas por ilustraciones cuya función en el texto de la novela adopta el sentido preciso de ilustrar la escena o el personaje más relevante de alguno de los numerosos capítulos. En los dos momentos de producción coexisten las intenciones del autor y del editor, pero el primero despliega una estrategia de mayores alcances. La primera táctica es el título de la novela, casi siempre acompañado por el subtítulo “Novela Histórica”, primer indicio de la materia textual, especie de sello definitorio, usual en otros géneros, por ejemplo “Novela de Costumbres”, subtítulo presente en muchas obras. Otra táctica del novelista histórico es la escritura de un prólogo, prefacio o introducción, cuya función y sentido adopta diversas modalidades. En el presente estudio abordaré el prólogo² como un problema respecto del corpus en dos novelas del escritor yucateco Eligio Ancona.

La cruz y la espada

Eligio Ancona inicia una serie de novelas históricas en su natal Mérida el año de 1864 con la publicación de *La cruz y la espada* y *El filibustero*. En la primera resalta la intención del comienzo de una serie, una especie de plan respecto de la materia histórica que se abordará. En el título de la novela se desentraña dicha intencionalidad: la fusión de la cruz y la espada forman un emblema de la conquista de Yucatán, del primer momento fundador de los siglos coloniales que animarán las intrigas de *El filibustero* y *El Conde de Peñalva* (1876). Singularmente el momento de la conquista de México reaparece en 1870 cuando el novelista llega a la Ciudad de México y ahí publica *Los mártires del Anáhuac*, título que desentraña la intención de tocar la llegada de Hernán Cortés y la derrota indígena en Tenochtitlan. De las cuatro novelas históricas, la primera y la segunda tienen prólogos.

A manera de un emblema, el título *La cruz y la espada* une los dos instrumentos que validan la conquista: la misión católica y la empresa militar. En ésta su primera novela histórica el escritor yucateco se dirige al lector interpretando el descubrimiento de América desde el providencialismo, que explica la voluntad de Dios para que Cristóbal Colón lograra tan importante acontecimiento y prosiguiera con dos clases de hombres extraordinarios animados por distintos objetivos pero tendiendo hacia un mismo fin; una clase corresponde a los militares y la otra a los emisarios de la fe católica. En la novela la primera empresa es llevada por Francisco Hernández de Córdoba quien llega a Champotón en 1517 para iniciar la conquista en la Península de Yucatán, le siguen Juan de Grijalva y Gonzalo Guerrero, después Montejo padre y su hijo; en la misión católica domina la orden franciscana.

Es el prólogo un texto dominado por imágenes que inician en claroscuro para simbolizar la creación del mundo, la gran obra que fertilizó el cristianismo, en cuya misión providencial faltaba la llegada a un “nuevo mundo” que tomó corporeidad con la gran empresa de Colón. En los primeros cuatro párrafos del prólogo el lector tiene frente a sí una imagen del origen, un momento de fundación que potencia eficazmente el inicio de una historia que contar.

La gran empresa de la conquista es presentada como una mezcla de aventura, un impulso hacia lo desconocido inmerso en el ideal caballeresco:

Los libros de la caballería andante habían preparado aquellas ideas y enardecido sus imaginaciones [...] en la época de que vamos hablando, nadie se burlaba todavía del valor de los *Amadis* y los *Esplandianes*. Aún no había venido Cervantes al mundo para ponerlos frente a frente con su ingenioso hidalgo; y no había caballero español que no soñase dormido y despierto con una princesa rescatada, un ejército roto, o un imperio conquistado con solo el valor de su potente brazo. (Ancona 1864, v-vi)

Muy probablemente influido por las crónicas de Indias, Ancona exalta el ideal caballeresco en la misión de los conquistadores; el prestigio de la fama se otorgará en la novela a Hernán Cortés: “Has de saber, donosa Zuhuy Kak, —dice Benavides, uno de los personajes principales de la novela— que el nombre de ese guerrero cristiano desconocido entonces, vuela hoy por el universo en lenguas de la fama” (1864, 120). La fama del conquistador de México había sido acuñada apenas veinte años después de la caída de Tenochtitlan y ya se incorpora a la intriga novelesca que inicia en 1539. Al retomar el ideal caballeresco nuestro autor coloca al conquistador y a sus soldados en un estrato literario, recurso presente en las crónicas y también en la historiografía de Indias. En su *Historia de la conquista de México* Francisco López de Gómara,

por ejemplo, presenta a Cortés como un hombre de fama. Al retomar marcas genéricas de la crónica Ancona no sólo las descubre como fuentes para su novela, sino que también intenta atenuar la cruenta realidad sobre la conquista de Yucatán, pues los móviles de la empresa militar se asemejan a la de los misioneros católicos quienes también “participaban del carácter aventurero y caballeresco” (1864 VII), influidos por las lecturas de las vidas de los santos realizadas con igual avidez que los libros de caballerías. Soldados y misioneros veían a los caballeros andantes como modelos, y en la novela tomarán de los caballeros auténticos “realidad” para enfrentar a los “rojos”, como llamaban a los indígenas, y de don Quijote acaso tomarían el impulso de enderezar tuertos domeñando a los “idólatras” y así ponerlos a salvo del “príncipe de las tinieblas”.

El parentesco de la crónica con la prosa novelada ha existido desde la antigüedad. Enrique Pupo-Walker estudia desde diversos ángulos tal relación y señala la aprehensión imaginaria en la historiografía de Indias:

Es lógico suponer que las imágenes que aportó el mundo americano desbordarían en muchos planos los moldes envejecidos que habían diseñado los cronistas medievales. Súbitamente fue necesario dar cuenta de una vasta entidad desconocida, que era a un mismo tiempo, para los improvisados cronistas, realidad palpable y fantasía. En muchos casos, las noticias transmitidas en aquellas relaciones exigirían al narrador recursos expresivos que sólo habían conocido en la prosa novelada. Al nutrirse de fuentes disímiles, la historiografía americana configuró en pocos años, ante el mundo renacentista, una nueva escritura, que informaba con rigor ejemplar pero en la que se consagraba también una aprehensión creativa y espectacular de lo narrado. (33)

De esta forma de aprehender el nuevo mundo Ancona se sirve para ligar su primera novela histórica a la historiografía. En el prólogo a *La cruz y la espada* los resabios de la lectura de las crónicas apuntalan el momento de la conquista de Yucatán, los primeros y difíciles años como una etapa heroica que, en el texto de la novela, se nutrirá además del mito y de elementos sagrados: Chilam-Balam, el gran libro de los mayas, ocupará un lugar destacado; su interpretación sobre el éxito de los conquistadores ingresa a la intriga novelesca.

En la conversación del anciano Tutul Xiu –cacique de Maní y descendiente directo de los señores de Mazapán– con el joven guerrero Kan Cocom, escuchamos la inminencia de las profecías, inaceptable para el joven que irreverentemente las refuta bajo el hecho de que unos años antes –quince– los trescientos españoles que habían entrado por las Bocas del Tonel y habían ocupado Chichén-Itzá y Bakhalad, permanecieron ocho cruentos años que terminaron cuando los indígenas crearon una alianza de grupos para ir en contra de ellos. Haciendo una precisión en la temporalidad, el anciano le in-

forma al joven que tal episodio no figuraba en la edad designada por las predicciones y, en seguida, establece una analogía: si se siembra el maíz en marzo los gusanos se lo comerán antes de que la lluvia lo germine, y los españoles “sembraron antes de tiempo y por eso no recogieron entonces el fruto”. Ahora –continúa– “vienen a resembrar y siendo ésta la edad designada por los profetas, la planta germinará mañana” (Ancona 1864, 151).

Esta conversación transcurre en el capítulo X de la novela. En el capítulo anterior –IX– el autor toca el conflictivo juego de intereses entre la empresa militar y la misión religiosa de los franciscanos; significativamente declara en una nota a pie de página la historicidad de los episodios referentes a Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar y el naufragio de ellos en la isla de Cozumel y su posterior cautiverio referidos por el acreditado historiador Vicente Calero; respecto a los franciscanos encabezados por el padre Testera, señala el autor haberse basado en la *Crónica* de Bartolomé de Las Casas y otros historiadores como Cogolludo. No obstante, el novelista, que explicita sus fuentes historiográficas se suma a la opinión de Justo Sierra O’Reilly³ –su ilustre antecesor– en el sentido de la dificultad de creer en “esa serie de hechos, al menos de la manera en que están presentados por personas que tenían un interés reconocido en alterarlos” (Ancona 1864, 142). De ahí que al dirigirse al juicio del lector al final de la nota en cuestión resulte muy significativa la siguiente frase: “Nosotros hemos cumplido con nuestro deber de historiadores” (142). En este punto Ancona muestra la relación de su novela con la historiografía, de ahí que el capítulo XI titulado “Kan Cocom”, el nombre del joven guerrero que intenta derrotar a los españoles, muestre un nuevo recurso al acudir al Chilam-Balam, fuente primigenia de la cultura maya, para beber de ella el halo del origen y el destino del pueblo maya, otra interpretación de la derrota ante el conquistador, que continuará en los siguientes capítulos, el XII “La destrucción de Mazapán” y el XIII “Las profecías del Chilam”, en el que “la voz del oráculo” es pronunciada por el Cacique de Maní y profundiza en el título emblemático de la novela: “Las predicciones de los profetas van a cumplirse y los dioses van a ser derribados de sus altares al soplo de la cruz” (187). Chilam-Balam, el sabio sacerdote de Maní, continúa prediciendo la llegada de “hombres blancos y barbados que dominarán la tierra de los itzalanos” y que “el culto de los dioses y [...] la señal de la cruz aparecerá en las alturas”. El sacerdote previno a Tutul-Xiu, el anciano que recogió el último legado, que “hiciese una cruz de piedra para que fuese adorada en los templos” (189). Es así como en este capítulo de la novela Ancona funde el símbolo de la cruz: los macehuales no la rechazarán puesto que es la señal indicada en las profecías de Chilam-Balam.

La intertextualidad en la novela actúa como un apoyo más al imaginario de un pasado prefigurado, dolorosamente vivido por los indígenas que opusieron tenaz resistencia a los trescientos españoles que llevaban la empresa militar y la misión católica. Y en los capítulos referidos Ancona amplía la perspectiva, coloca su punto de vista de un modo que se antoja muy semejante al del joven guerrero: se rebela frente a las “verdades” sesgadas de la historiografía de Yucatán y abreva en el texto sagrado, en el *Génesis* de su cultura, en un movimiento que destila la nostalgia de una nación portentosa que ve su fin y que lentamente se mezclará con otra raza para formar una nueva nación; sin embargo la lentitud, materia de los tres capítulos, acelera la intriga novelesca al unir en el símbolo de la cruz el tiempo antiguo con el tiempo nuevo.

Luego de haber presentado a los conquistadores como hombres influidos por las novelas de caballerías, las vidas de los santos y una “ardiente imaginación meridional” (Ancona 1864, v), Ancona comienza a deslindar terrenos:

La conquista de Méjico por Cortés es una epopeya que solo se diferencia de la de Homero, en que ésta es el parto de la imaginación de un poeta, y aquélla un hecho real e indudable, comprobado por numerosas historias e incontrovertibles monumentos.
(vi)

En estas líneas el prólogo comienza a desplegar su relación con la novela y su función como el umbral de la lectura: la conquista de México es un suceso verídico comparable a una epopeya, a un género literario que en 1864 ya no existe, ha sido sustituido por la novela. Frente al lector, el autor comienza a tocar el terreno de la verosimilitud de los sucesos que serán materia de la novela, aunque el mensaje dominante pone en relieve el afán de dotar de epicidad la conquista de México, cuyo efecto beneficia la retrospectión al pasado más remoto pues éste se presenta como una época poblada por héroes cuyas hazañas fundaron una nueva estirpe. El hito temporal comienza en esta época y la siguiente será la de los siglos coloniales.

La construcción temporal revela la influencia de Victor Hugo en su *Prefacio a Cromwell*, donde figura la sucesión de edades en la sociedad y su relación con la expresión literaria. A la poesía lírica de los tiempos primitivos en la juventud de los pueblos corresponden los colosos como Adán y Noé, prosigue la epopeya cuyo paradigma es Aquiles, el héroe de la edad viril cuyas hazañas convierten *La Iliada* y a Homero, su autor, en piedra de toque en una etapa de la historia occidental, a la que seguirán los tiempos modernos en los que dominará el drama propio de la vejez de la sociedad. En la juventud nacen los historiadores y conviven con los poetas épicos (ver Hugo 14-

25); sirviéndose de esta relación, Ancona construye la plataforma de retrospectión en el prólogo a *La cruz y la espada*. En este punto de contacto entre la historia y la epopeya deriva el parentesco de su novela con los dos géneros y, expandiendo tal relación, la sitúa en la novela histórica para otorgarle el rango de heredera directa de la epopeya por cuanto que ésta es el género fundador en la sociedad occidental. Con tal entronque prestigioso el lector del prólogo se introducirá a la novela, a un género donde los personajes y sus acciones son como de la vida real pues su destino depende enteramente del autor, no obstante que algunos de *La cruz y la espada* realicen misiones providenciales. Así lo declarará en el capítulo XI titulado “El destino de los pueblos” a propósito de un ensimismamiento de Benavides, uno de los personajes principales, en un prelude amoroso:

¿Cuál era, pues, aquel pensamiento encerrado en ese libro que se llama corazón humano, y cuyas páginas son legibles sólo para Dios, porque el Creador se quiso reservar tan precioso privilegio? Por fortuna el novelista que es el creador de su héroe, casi como Dios lo es del hombre, puede penetrar en el corazón de aquél y responder a la pregunta que acaba de hacerse. (Ancona 1864, 156)

La velada discusión sobre los géneros literarios propios de cada época en la historia de los pueblos alude a la certeza de Ancona sobre la potencialidad del género novela histórica para tocar el delicado y sensible tema de la formación de una nueva nación. Por eso el prólogo empuja la lectura de la novela, en donde la empresa signada por la cruz y la espada discurrirá ambiguamente, entre la violencia y la piedad, entre la vocación espiritual y la franca ambición de riqueza y poder, esto es, entre las pasiones de los personajes movidos por los resortes del alma humana y por ello materia prima de una novela:

La cruz y la espada se aunaron para conseguir tan grandioso objeto –la conquista– y no es extraño que la reunión de dos elementos tan diversos produjese a cada mil caprichosos contrastes, crímenes de un carácter odioso mezclados con virtudes y sacrificios heroicos del nuevo mundo. (IX-X)

En la combinatoria de estos dos elementos parece residir la índole de los protagonistas de la novela; sin embargo, Ancona se empeña en subrayar la epicidad, una táctica frente al lector orientada a impulsar en el texto el inicio de la historia en natural correspondencia con la fundación de una nueva sociedad. Y la idea de la fundación opera en una novela dedicada a los primeros años de la conquista en Yucatán, pero también alude al momento de producción, el año de 1864, cuando Ancona comienza la escritura de novelas históricas en un esfuerzo que él mismo ha declarado como el intento de llenar un vacío

en la historiografía yucateca. Por otra parte, en junio de aquel año llegó a México Maximiliano de Habsburgo para fungir como emperador de un régimen monárquico, una forma de Estado que por segunda vez incursionaba en el México independiente. En este sentido el prólogo advierte al lector del retorno de un emperador europeo para gobernar un imperio trazado por el Partido Conservador, contra el que Ancona y sus correligionarios liberales luchaban.

En los dos últimos párrafos del prólogo leemos uno de sus propósitos explícitos: “es una pintura del cuadro que vamos a presentar a nuestros lectores” (x); esto es, servirá como una especie de telón de fondo para la intriga novelesca, cumple la función de ubicar al lector espacial y temporalmente, dimensión ésta que recibe mayor precisión al declarar la audacia de revisar tan grande acontecimiento en el siglo XIX tan distinto a aquella “época portentosa que se diferencia tanto de la nuestra como la edad viril de la vejez” (x). En esta analogía la temporalidad se inserta plenamente en los postulados de Victor Hugo; el tiempo de la épica corresponde a la virilidad de los pueblos ya viejos, tanto los europeos como los americanos, y ahora –1864– todavía puede revisarse escribiendo una novela, en la que los protagonistas son presentados de antemano como héroes de carne y hueso empeñados en una misión, dignos herederos de los caballeros andantes y deseosos de dar veracidad a la imaginación desatada por una nueva realidad, según lo declara el autor: se trata de un episodio

menos ruidoso y brillante que las conquistas de Anáhuac y del Perú; pero no menos sembrado de aventuras, de dificultades y de asombrosas peripecias [...] que tiene para nosotros el glorioso recuerdo de las hazañas de nuestros padres, la grata sombra de los bosques y las montañas de nuestra patria y el suavísimo perfume que exhalan las flores del país en que nacimos. (xi)

La enjundiosa brevedad de las líneas anteriores con que finaliza el prólogo no hace más que señalar el movimiento vertiginoso construido por el autor. En apenas 16 párrafos y 11 páginas sitúa al lector en la expresión literaria de una época, en el género novela histórica, en el telón de fondo de una intriga que discurre en 27 capítulos y 360 páginas, materia de muchas entregas que se reunieron en un volumen editado por la Imprenta de Cervera en la ciudad de Mérida, Yucatán, el año de 1864 como primera edición, a la que sucedió dos años después un bello y cuidado volumen como segunda edición con el sello de Rosa Bouret, París, 1886.

El movimiento vertiginoso del prólogo en cuestión presenta, como he tratado de señalar, varias vertientes. En una primera, el autor despliega la con-

ciencia del género novela histórica y la induce al lector bajo la garantía de la que la mirada hacia el origen, el punto de partida, posee el prestigio de la epopeya, como sucedió en Europa. Pero ¿cómo contar la historia del pasado más remoto?; ¿cómo contar la historia del mundo prehispánico, de los mayas, en 1864? En este punto Ancona se apoya en la expresión lírica, se sirve del mejor instrumento para crear ante el lector un origen que aparece condensado en el primero y el último párrafos del prólogo. En el primero muestra la voluntad de Dios para producir grandes acontecimientos alusivos a su inmenso poder:

sabe suscitar un crecido número de esos hombres extraordinarios, que con su inteligencia superior, su voluntad de hierro y el valor de su brazo, se elevan sobre la multitud que los admira y la conducen fácilmente al término señalado por los designios de la Providencia. (I-II)

En seguida una imagen cuya intensa sonoridad entreabre la luminosidad antecesora de la lluvia que prepara la tierra al cultivo de la semilla del cristianismo:

Relámpagos que fulguran en noche tempestuosa, deslumbrando nuestros ojos: Serpientes de fuego que por momentos parecen abrir a la bóveda de los cielos para enseñarnos un mundo de seductora brillantez, se desvanecen con triste y cruel celeridad y sólo dejan tras sí la huella benéfica del agua que refresca la atmósfera y fertiliza los campos. (II)

La imagen acelera el paso del tiempo antiguo en Europa para llegar al descubrimiento de América, con el que se iniciará la empresa simbolizada en *La cruz y la espada*, el título de la novela. Y con el fin de prestigiar la empresa en Yucatán los conquistadores se presentan, como ya señalé, bajo el ideal caballeresco garantizado por la fama de Hernán Cortés, el renovado ímpetu de la aventura ante el nuevo mundo y la “ardiente imaginación meridional” de los españoles. El “terreno preparado” dará los mejores frutos frente a los indígenas que en constante rebeldía aceptarán las profecías del Chilam-Balam. En la cruenta batalla, unos y otros alcanzarán la dignidad de los grandes héroes de la antigua épica. En este acelerado y velado movimiento Ancona instala y ubica al lector en la materia de su novela. Así el hito de la tradición literaria europea se injerta en México adecuando la épica a la novela o, más bien, imaginando un origen que debió asemejarse a cualquier otro pueblo y acomodando en esa época remota los vestigios del mundo prehispánico que figuran en la historiografía de Yucatán. La construcción del origen se resuelve en la imagen que clausura el último párrafo del prólogo, con la que el lector de 1864 estaba preparado para cruzar el umbral y leer el capítulo I de *La cruz*

y la espada. Amparado en el prestigio de la novela histórica en México, Ancona precisa su peculiaridad respecto de la europea mostrando una preocupación estética, relativa a la composición, al entrecruzamiento de géneros, y en el prólogo ensaya el modo lírico para fijar las imágenes de un pasado remoto, legendario, desconocido, que todavía persuaden al lector e invitan a traspasar el umbral y leer el texto de la novela.

El filibustero

Como otros escritores de su generación, Ancona formó en Mérida, Yucatán, un circuito de producción-recepción gracias al apoyo de Leonardo Cervera, el editor, quien “por puro patriotismo y amor a las letras regionales” (*Enciclopedia yucatanense*, vol. 5, 639), invertía dinero en la publicación de obras literarias sin obtener ganancias no tanto por la calidad de éstas sino por la falta de lectores, situación que daba pie al sistema de suscripciones para colocar la edición posterior a las entregas. En 1864, el mismo año de la publicación de *La cruz y la espada*, Ancona entrega a ese incipiente público lector su segunda novela con el título *El filibustero*, al amparo de las prensas de Leonardo Cervera, confirmando que el circuito abierto para la primera novela continuaba el propósito de formar un público lector, y ante todo, de continuar en la historia de Yucatán como una responsabilidad frente al lector:

Desde la conquista de la Península, de que hablamos en *La cruz y la espada*, hasta la época de que trata el presente libro, ha transcurrido el espacio de ciento sesenta años. Ciento sesenta años en la vida de un pueblo es un espacio mucho mayor del que se necesita para cambiar su condición, sus costumbres y sus tendencias. Por eso es completamente distinta la escena, aunque el escenario sea el mismo. (Ancona 1964, 628)

El prólogo a *El filibustero* guía al lector en los entretelones de la sociedad colonial del siglo XVIII cuando los criollos bien asentados defendían su lugar frente a los gobernantes españoles. Leemos un bosquejo de los sucesos históricos desde una perspectiva de etapas. La primera comprende los ciento sesenta años posteriores al momento de la conquista, lapso que imprimió un perfil metonímico de todos los siglos coloniales en una serie de juicios que caracterizan el movimiento de la sociedad yucateca. Del conquistador se justifica la destrucción en aras de su pelea por la cruz y el acceso bienhechor a la civilización, se encomia a los “grandes aventureros” (Ancona 1964, 629) que llevaron la empresa de la conquista, pero se critica a sus sucesores, los encomenderos, que actuaron como señores feudales, y también a los gobernado-

res y capitanes generales alejados del espíritu de la gran empresa colonial en América. El “celoso misionero” (629) es elevado respecto del fraile o cura sólo interesado por los bienes materiales a costa de la explotación de los feligreses. Es así como la etapa colonial aparece colmada de intereses aviesos frente a los intereses legítimos de los criollos de la península de Yucatán. Los indígenas también han cambiado: al “fiero aborigen”, defensor de su territorio, que arrojó a los españoles de éste o se resistió a su dominación, siguió el “indio, pupilo, hipócrita, que sufre su yugo con aparente conformidad” (629), condición que prelude su levantamiento, que se presenta en una imagen eficaz: las lágrimas ocultadas han ido a formar un río a punto de romper el dique. Palabras con las que Ancona toca dos tiempos: el del siglo XVIII y los años inmediatamente anteriores a la escritura de la novela, pues la Guerra de Castas estalló en 1847, cuyo presagio advierte en los “gritos de exterminio” de los indígenas que detonarán “no la lucha de una raza contra otra, sino de la barbarie contra la civilización” (630), frase que en definitiva une el pasado con el presente. Para finalizar el cuadro histórico se menciona el asedio de los piratas y filibusteros sobre las costas de la península de Yucatán, personajes que animarán peculiarmente la intriga novelesca. En este cuadro de contrastes, de claroscuros, se distingue la obra bienhechora del alto clero defensor de la auténtica misión católica.

El bosquejo histórico de la “Introducción” subyace en la intriga de *El filibustero*; las figuras relevantes de la sociedad yucateca del siglo XVIII intervienen en correspondencia con los rasgos señalados, de modo que el prólogo cumple la función de guiar de antemano al lector sobre las fuerzas que mueven el conflicto amoroso de Leonel y Berenguela, los jóvenes que en su infancia crecieron en “El Olimpo”, un lugar apartado del mundo donde se nutrieron con lecturas filosóficas y literarias que sirvieron a Leonel para tratar de emular a los caballeros andantes y salir al mundo a proteger a los desvalidos como filibustero, y en la inversión de este oficio el narrador pone al descubierto las tensiones de los actores sociales del último tercio de la colonia sin dejar de señalar la enorme distancia de Yucatán respecto de la metrópoli novohispana, que da pie a una serie ilustrativa sobre la actuación de los gobernantes peninsulares en pugna constante con los criollos, y de unos y otros con los indígenas. Leonel, el singular filibustero, completará una especie de misión cuando se convierte en parricida al saber que su verdadero padre es fray Hernando, el sacerdote que fue su mentor, el que lo inició en las lecturas que al lado de Berenguela ocuparon las horas de la educación infantil y juvenil. Berenguela muere cuando su madre le dice que Leonel es su medio hermano y Leonel se suicida luego de matar a su padre. Antes hereda sus bienes a un excarcelado por un delito juzgado en el tribunal del Santo Oficio. En

esa misión Leonel es un personaje que, alejado de la realidad en “El Olimpo” la conoce cuando es expulsado de la casa familiar, la vive en un brevísimo lapso temporal y se encarga dolorosamente de segar la vida de su verdadero padre y la suya propia, actos que lo sitúan en el punto de vista de un narrador sumamente interesado en señalar el estado de la sociedad yucateca: el poder de los criollos y su enconada lucha con los gobernadores enviados por la metrópoli novohispana, esto es, las pugnas de los criollos, herederos de los conquistadores, y las oscuras alianzas con el clero. Muy lejos había quedado ya el aliento epopéyico de las dos misiones que habían alentado la conquista: la cruz y la espada, materia de su primera novela. La misión de Leonel, uno de los protagonistas de *El filibustero*, es otra, muy adversa, mas precursora de un lentísimo cambio.

Luego de caracterizar el estado de la sociedad colonial, Ancona dedica la última parte del prólogo –tres párrafos– a dialogar más directamente con el lector sobre el texto mismo y su relación con el corpus de la novela. En primer lugar justifica el bosquejo de sucesos históricos como equivalente al “escenario en que va a desarrollarse el drama que vamos a describir” (631), y para avalar la veracidad de los sucesos el autor declara haber abrevado en las fuentes historiográficas. En la parte final del prólogo el autor se refiere a la correspondencia de los géneros literarios con las edades en el tiempo americano. La primera es la época de la conquista y comparable a: “Esa edad fabulosa del antiguo mundo, en que las hazañas cantadas por sus poetas exceden de tal manera el poder y las fuerzas del hombre que ha sido necesario atribuir las a los dioses y semidioses” (632). En esa “edad fabulosa” figuran tanto el indígena, ese “fiero aborigen que lucha incesantemente para conservar su independencia”, como los conquistadores, “grandes aventureros, que se despojan hasta de lo que no tienen para llevar a cabo grandes empresas a costa de campañas homéricas” (629). Estos personajes son dignos de la épica y muy distantes de los personajes de los siglos coloniales:

no hay duda que la época del gobierno colonial en la América española tiene el mismo interés que presenta la Edad Media en Europa como época de transición en que la humanidad parece hacer una parada para lanzarse con nuevas fuerzas al alcance de la civilización y como campaña en que se siembra el germen que un día produce el hermoso árbol de la libertad, pero en el que brota y crece también la cicuta que envenena todavía la existencia de las antiguas colonias. (631)

El encomendero, una especie de señor feudal que explota a los indígenas, el gobernador ambicioso que se apodera de los bienes de los criollos para comprar títulos en la metrópoli son los personajes que en la novela completan el

cuadro donde el autor localiza el germen de la independencia.

La periodización retoma las edades de la poesía respecto del tiempo de las sociedades que desarrolló Victor Hugo en el *Prefacio a Cromwell*: a los tiempos primitivos corresponde la épica, prosigue la epopeya de los tiempos antiguos y en los modernos el drama es el género dominante. Haciendo una equivalencia, Ancona ubica la época prehispánica y el momento de la conquista reclamando la existencia de la epopeya. Para avanzar hacia la colonia postula una segunda etapa semejante a la Edad Media europea, tres difíciles siglos en los que se fue gestando la independencia; sin embargo el “hermoso árbol de la libertad” (631) no ha dado todos los frutos esperados. Esta última expectativa se coloca en el presente de la escritura, en 1864, cuando las cinco décadas del México independiente habían discurrido entre dificultades. Y en ese presente Ancona escribe novelas históricas, en un tiempo alejado de la epicidad pero urgido del conocimiento del pasado para transitar a un nuevo tiempo, y le confía al lector el propósito de ensayar la retrospectiva mientras llega un escritor que lo eleve a su justa dimensión:

Lamartine ha predicho que no está muy lejano el día en que salga de la América española un gran genio literario engendrado en la aureola de luz que brilla hace medio siglo sobre nuestro horizonte. Mientras se presenta ese hombre extraordinario, que sin duda pagará a la patria el tributo de sus talentos descubriendo al mundo sus tesoros, permítasenos presentar al público nuestros humildes ensayos con la esperanza, acaso temeraria, de que los acogerá con la indulgencia que nos ha dispensado hasta aquí. (631)

La precisión del horizonte de retrospectión de la novela histórica en América evidencia el diálogo con Victor Hugo para adecuar la temporalidad del género que había tomado como baluarte inicial a Scott y su mirada hacia la Edad Media. La línea temporal de retrospectión ha sido considerada para sopesar la legitimidad de la novela histórica justamente por el difícil concepto de “historicidad”. Es éste uno de los puntos más discutidos por los estudiosos de la novela histórica; Carlos Mata Induráin formula la pregunta esencialmente obligada: “¿Qué distancia temporal entre el presente del autor y la historia narrada es necesaria?” (15), y la respuesta será, desde luego, arbitraria. Algunos han propuesto una generación –treinta años–; Scott sugería sesenta años; por mi parte y respecto de las novelas del siglo XIX mexicano (ver Algaba), considero muy pertinente el comentario de Kurt Spang: “Lo importante parece ser que el autor no haya vivido personalmente la época y los acontecimientos que evoca en la narración” (64). Como americano, Ancona tiene también un pasado muy remoto pero en su momento poco conocido y ape-

nas reconocido, valorado y puesto a la altura de la epopeya. A ese pasado le correspondió su primera novela *La cruz y la espada* en cuyo prólogo ensayó los géneros propios de cada época para mostrar al lector que la narración discurriría en una novela, el género de su tiempo. No obstante, la conquista y los siglos coloniales son materia de otros géneros literarios y permanecen como una especie de tesoro que es necesario mostrar a los lectores:

El campo es vasto y seductor para el historiador, para el poeta y para el novelista. Desgraciadamente, la mayor parte de los escritores latinoamericanos, en vez de cultivar este campo casi virgen todavía, han ido [...] a buscar sus inspiraciones en la vieja Europa. (631)

Mientras escribía *La cruz y la espada* y *El filibustero*, Eligio Ancona se empeñaba en construir la especificidad del género novela histórica en un diálogo con el lector, el de Yucatán, el de México y, muy probablemente, el de otras latitudes. La urgencia de definir el horizonte de retrospectiva en un país joven en la independencia y a la vez con un pasado culturalmente escindido, se convertía en una necesidad de diferenciarse de los novelistas europeos. Distante geográficamente de la ciudad de México, se acerca a las discusiones que sobre la expresión nacional transcurrían en las Asociaciones Literarias, en las que en distintos momentos se veía la necesidad de traer a las obras los episodios históricos para unir el pasado con el presente y así construir la idea de nación y de nacionalidad. Desde Yucatán Eligio Ancona ahonda aún más y ante el lector de su presente, de 1864, define el género novela histórica en un diálogo que ahora se antoja dirigido también a los europeos.

Los prólogos a *La cruz y la espada* y a *El filibustero* muestran una estrecha correspondencia que pone en relieve recursos diferentes. Mientras en la primera novela la "Introducción" exhibe una combinación de géneros literarios, la de la segunda novela esboza los sucesos que darán movimiento a la intriga; en uno y otro Ancona descubre la poética de sus novelas, punto este último que eleva su lugar en el cultivo de la novela histórica mexicana del XIX.

NOTAS

1. Se publicaron en *El Año Nuevo*, órgano de la Academia de Letrán, 1837. Actualmente en *La novela corta del primer romanticismo mexicano*, 1998.
2. Adoptaré la palabra "prólogo" independientemente de que en las novelas el autor intitule "Introducción".
3. Autor de *La hija del judío*, novela histórica publicada por entregas en *El fénix de Campeche*, entre 1848 y 1849. Esta novela constituye una auténtica aportación en el

desarrollo de la novela histórica del XIX; la técnica narrativa y la retrospectión al pasado colonial se convirtieron en paradigma del género.

OBRAS CITADAS

- Algaba Martínez, Leticia. *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1997.
- Ancona, Eligio. *La cruz y la espada*. Mérida: Imprenta de Cervera, 1864.
- . *El filibustero. La novela del México colonial*. Ed. Antonio Castro Leal. Vol. 1. México: Aguilar, 1964. 629-800.
- Enciclopedia Yucatanense: conmemorativa del IV centenario de Mérida y Valladolid, Yucatán*. Ed. Ernesto Novelo Torres. Dir. Carlos Echánove Trujillo. México: Edición oficial del Gobierno del Estado de Yucatán, 1944-1957.
- Hugo, Victor. *Manifiesto romántico*. Tr. Jaime Melendres. Intr. Henri de Saint-Denis. Barcelona: Ediciones Península, 1989.
- La novela corta del primer romanticismo mexicano*. Ed. Celia Miranda Cárabes y Jorge Ruedas de la Serna. 2ª ed. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- Mata Induráin, Carlos. "Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica". *La novela histórica: teoría y comentarios*. Ed. Ignacio Arellano, Carlos Mata y Kurt Spang. 2ª ed. Pamplona: EUNSA, 1998. 11-50.
- Pupo-Walker, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Gredos, 1982.
- Spang, Kurt. "Apuntes para una definición de la novela histórica". *La novela histórica: teoría y comentarios*. Ed. Ignacio Arellano, Carlos Mata y Kurt Spang. 2ª ed. Pamplona: EUNSA, 1998. 51-87.